

MARIANO GUINDAL

UN HOMBRE CON BUENA SUERTE

Memorias apasionadas
de un reportero



Un hombre con buena suerte

Mariano Guindal

Memorias apasionadas de un reportero

ediciones peninsula

© Mariano Garrido Guindal, 2018

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: noviembre de 2018

Iconografía: Grupo Planeta

Las imágenes del pliego, excepto aquellas en las que figura el crédito correspondiente, pertenecen al archivo personal del autor.

Se han hecho todos los esfuerzos posibles por contactar con los titulares de los derechos de autor de las imágenes, si los hubiere. En caso de omisión, sea por el motivo que fuere, se deberá contactar directamente con los editores.

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2018
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
CPI-BARCELONA - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B-21.855-2018
ISBN: 978-84-9942-745-4

ÍNDICE

Prólogo: «Confieso que he vivido»	17
-----------------------------------	----

LIBRO I

I. EL QUEROL	25
Muerte en el andamio	27
Las barracas de Ventas	32
Lloviendo piedras	34
La rebelión de las chabolas	40
El hombre que vendía golosinas	43
2. EL ORFANATO	49
Solo en Cercedilla	49
La aguadilla	53
El pícaro de Alcalá	58
El Avance Club de Fútbol	66
Cuando pasan las cigüeñas	71
Lolita	75
El Cristo Federico	79

UN HOMBRE CON BUENA SUERTE

3. LA GENERACIÓN POP	83
Los Beatles en Las Ventas	85
El botones	87
Tus manos en mi cintura	91
¡Eeeh, Macarena!	97
Todo va bien	101
Cuando éramos <i>hippies</i>	109
Ruta 66	112
El caballo de Troya	118

LIBRO II

1. PASAJE A LA INDIA	125
Una película de aventuras	125
Cuando azota el monzón	128
La agencia	135
El día en que conocí a Manu	139
El paseílo	146
2. UN TRAJE AZUL ELÉCTRICO	153
Economía de alambre	153
<i>Mortal y rosa</i>	158
Cinco horas con Perón	161
Color maleta	167
Kissinger, los «secretas» y yo	171
3. OPERACIÓN GLADIO	175
Ha estallado el obús	175
Simón del desierto	184
Intriga palaciega	187
Lo paranormal	190
Mi pequeña revolución sexual	195
Menos mal que nos queda Portugal	198

ÍNDICE

¡Viva el rey!	205
El apéndice	210

LIBRO III

1. HOY LA LIBERTAD	213
El nacimiento de una nación	213
Morir en Vitoria	219
¡Qué error, qué inmenso error!	224
<i>Primera plana</i>	233
La peluca	235
<i>Zorrita Martínez</i>	238
De ratones y periodistas	241
China está cerca	244
2. AMIGOS PARA SIEMPRE	251
Oriana Fallaci me escuchó	251
Libertad sin ira	257
El lazarillo	262
El 093	266
El huevo y la patata	273
3. GOLPE DE ESTADO	281
Suárez contra el rey	281
Verde y con asas	288
El crecepelo	294
4. CAMBIO GENERACIONAL	303
Con lágrimas en los ojos	303
Al héroe desconocido	306
Comienza la tercera guerra mundial	314

LIBRO IV

1. LOS JÓVENES SALVAJES	319
<i>Happy New Year 2016</i>	319
Al filo del amanecer	324
La pérdida de la inocencia	331
La pregunta	336
La boda de Lolita	343
2. EL MURO	351
Miguel Hernández en la memoria	351
El soborno	358
Una historia de amor	363
La vida alegre	368
Los desinhibidos años ochenta	375
3. EN VANGUARDIA	381
1989 lo cambió todo	381
La revolución conservadora	385
La muerte de mi maestro	392
La guerra del Golfo	399
4. HISTORIA DE LOS NOVENTA	409
El móvil	413
Mi gran boda americana	418
Corrupción en el poder	425
5. MILENIO	435
El día de la bestia	441
El milagro español	448
2001: La odisea digital	455

ÍNDICE

LIBRO V

1. CAMINO A LA ANTÁRTIDA	465
El hilo rojo	467
La venganza del cangrejo	469
An Lingshan	472
El encuentro	477
Por un puñado de dólares	480
2. HOY ES NAVIDAD	485
El viaje de nuestra vida	489
Monstruos marinos	494
La muerte acecha	500
Los «zapatillos» nuevos	507
3. LA GRAN CRISIS	515
Puerto Paraíso	516
El crac	519
La <i>scoop</i>	525
Noticias falsas	533
El regreso	540
4. VOLVER A EMPEZAR	549
El cangrejo ataca de nuevo	555
Fin de viaje	560
El periodismo no ha muerto	569
Epílogo	573
Un caso de éxito	574
La historia se acelera	576
Índice onomástico	577

EL QUEROL

Fue verla y darme un vuelco el corazón. Era ella, mi madre. La miraba demudado sin podérmelo creer. Los mismos movimientos, idéntica figura y el familiar vestido color celeste con lirios estampados en raso. Su traje de fiesta.

Doce de la mañana en La Habana. Cielo azul y calor a la salida de misa mayor en los Santos Custodios. Los feligreses se mezclaban con los turistas y todos entraban en un alegre y variopinto torbellino. Allí, en medio del tumulto, estaba mi madre. La había reconocido por la espalda, era ella. ¡No podía ser! Había fallecido hacía tres años, el dos de febrero de aquel 2000 con el que iniciamos el milenio. Se dio la vuelta... ¡Era una vendedora de flores! Habría jurado que...

La mujer desapareció entre la multitud. Las piernas flaqueaban. Mi mujer, Mar, me sujetó. «¿Tè encuentras bien?», preguntó. «No. Tengo que sentarme», dije. Miedo a un sofoco del corazón. Nunca había creído en redivivos ni en santos, pero mi mente había creído ver, por unos segundos, una auténtica aparición.

Fuimos a sentarnos en una terraza cercana al mar, en el espigón, al lado del antiguo Almacén del Tabaco y la Madera. A mi espalda el Malecón, al frente las jineteras: alegres, simpáticas.

Chicas jóvenes, casi niñas, o mujeres maduras con minifaldas de llamativos colores ganándose la vida.

La brisa marina me hizo bien. Pensé en cómo había cambiado Cuba desde mi primera visita, más de veinte años antes. Todo me había parecido entonces más revolucionario. Yo era más joven y más de izquierdas. Aún creía que Fidel Castro representaba la encarnación del socialismo con rostro humano. Y el Che, ¡qué decir! Su foto, un icono para los jóvenes. La imagen del Cristo Federico, del Cristo de los albañiles, la de mi padre muerto al caer del andamio. En aquel momento veía una Cuba muy diferente: cincuenta años de régimen castrista la habían convertido de nuevo en un lupanar.

—Póngame un cubalibre, señor —le pedí al mesero.

—¿Una «mentirita», caballero?

—Sí, como tantas aquí —respondí con sorna.

El ron me puso nostálgico, me soltó la lengua y brotaron a borbotones muchos recuerdos íntimos. Me puse a rememorar mi vida, algo que hago frecuentemente durante mis viajes, reviviendo mentalmente escenas o narrando mis historias a Mar y a mis hijos, quizá porque el desplazamiento geográfico activa en mí la nostalgia, o bien una disposición a trasladarme también en el tiempo. Por mi memoria pasaban imágenes de sucesos y vivencias: la España pobre de los cincuenta y los arrabales de Madrid; El Querol, mi barrio, las chabolas y mi infancia; luego, el orfanato, ¡qué frío! Sabañones en las orejas y hambre; el Plan de Estabilización, yo con catorce años, botones de día y estudiante de noche, quería ser bachiller; más tarde, los Beatles en Las Ventas y los sábados de guateque; y, por contraste, Mayo del 68, el Proceso de Burgos... ¡Franco asesino! ¡Abajo la dictadura!, un ambiente social asfixiante... Y yo queriendo ser periodista. «¡Imposible!», decía mi madre, porque no teníamos dinero.

Pero había sido un chico con suerte y logrado entrar como meritorio en una pequeña agencia de noticias para diarios de provincias donde hice de todo: barrer, correr, buscar noticias, ir a por los cafés..., cualquier cosa. Quería ser periodista.

MUERTE EN EL ANDAMIO

Mar, mi segunda mujer, mi inseparable compañera de redacción durante tanto tiempo, escuchaba atenta el flujo de mis recuerdos. Mi primera imagen de la infancia es mi padre lanzándome por los aires, abrazándome, bésandome. Nos había traído una bolsa gigante de patatas fritas de churrería. En la penumbra estaban mis dos hermanas, María José y la pequeña Charo, y a su lado, feliz, mi madre. Aunque seguramente esa imagen es más un sueño que un recuerdo, pues yo tenía dieciocho meses cuando falleció mi padre.

Y la sombra de una duda cuando mi madre me contó lo ocurrido: ¿se cayó del andamio o le empujaron? Su último suspiro tras unas palabras: «¡Mis hijos!, ¿qué va a pasar con mis hijos?». Y se acabó. Para nosotros llegaron la congoja, el miedo, la desesperanza, las penurias.

Las fotos de aquellos años son durísimas. Mi madre enlutada, terriblemente delgada. Un fantasma de negro. No quería vivir. No se veía con fuerzas para sacar a tres criaturas adelante. «Mamá, no te mueras; mamá, te necesitamos.» Los ruegos de María José, siete años, y las lágrimas de Charo, cuatro, le dieron fuerzas. Yo en el limbo, en los brazos de mi madre, gordo como un ceporro, abultando más que la viuda: treinta y tres años sin nada en la vida, sin oficio ni beneficio. Nada es nada.

Mi madre, María Guindal, había conocido a mi padre, Mariano Garrido, antes de la guerra civil, en el pueblo, cuando era una mocita de buen ver. Ella vivía en Pareja, en la Alcarria.

Él era de Torronteras, un lugar abandonado de la mano de Dios al que solo se podía llegar en mulo. No había dinero —se manejaban con el trueque—, ni electricidad, ni agua corriente. Nunca habían visto un coche. Cuando llegó el primero, se escondieron asustados.

El amor hace milagros. Mariano se había fijado en María durante unas fiestas, de críos. Los sábados bajaba al pueblo en burro para cortejarla, un largo camino que hacía feliz: sarna con gusto no pica. Ninguno de los dos sabía leer ni escribir. De muy niños dejaron la escuela para trabajar en el campo y ayudar a los padres. La maestra, doña Clara, insistía: «Dejen estudiar a Marieja, la niña es lista». No podían. La maestra le enseñó por las noches a mal escribir y a leer un poco, lo suficiente para defenderse en la vida. Eso fue todo.

Después, la guerra. Todo empeoró aún más. Mis abuelos eran rojos porque tenían que ser rojos. Eran pobres y estaban en zona republicana. Les habían dado esperanzas de que todo iba a cambiar. Pero mi padre fue movilizadado a finales de abril de 1938. Acababa de cumplir diecisiete años. Al poco, don Manuel Azaña dio una orden y la novata tropa de mi padre tuvo que combatir en la batalla del Ebro. Una canallada: treinta mil jóvenes sin experiencia mandados al frente. Cuando los vio Federica Montseny no pudo evitar decir: «Pero si son niños, si todavía deben de tomar el biberón». Y así les llamaron, la «quinta del biberón».

Mi padre contó a mi madre que la experiencia de ver a los de su pueblo aterrados, agarrados al fusil, escondidos tras los chopos, esperando a que les matasen, le había amargado la vida. Él se salvó. Supo manejar su mala suerte y corrió. Corrió mucho y las balas no le alcanzaron. Hasta que llegó el primero de abril de 1939 y Franco decretó que la guerra había terminado. Sin embargo, las cosas no fueron mejor porque llegó el hambre, un hambre atroz.

Gracias a su hermano Hilario, que tenía un amigo falangista, mi padre no acabó en un campo de concentración. Le destinaron a un batallón de trabajo en Zaragoza. Fue recibido por los ganadores como un perdedor, y se le dispensaron el trato y las humillaciones que merecían los «enemigos de la patria». Años duros. Cuando por fin fue licenciado, volvieron a reclutarle para hacer el servicio militar, como a todos los de su quinta. No quedaban hombres. Los vivos tenían que servir a la patria. Otra canallada.

Mi abuelo materno, Ignacio, al que recuerdo con tanto cariño, estaba impedido. No podía andar, se movía con una garrota. Era un hombre bueno, el mejor hombre que yo he conocido y quien más me ha influido. Era pastor de ovejas. Enviudó joven y tuvo que hacerse cargo de sus tres hijos pequeños. Un varón, Emilio, también impedido de la pierna derecha, y dos mujeres: Mónica, a la que mandaron a servir cuando aún era mocita, y una niña que le robaron las monjas. Al menos eso era lo que contaba mi madre. El abuelo, al verse solo, cogió a sus tres hijos, los metió en las alforjas y se los llevó al hospicio de Sigüenza. Tres días duraba la marcha, lo que le dio tiempo a arrepentirse durante la vuelta. Se dio cuenta de lo que había hecho y regresó a recogerlos. Ya era tarde. A la más pequeña la habían dado en acogida a unos señores de Guadalajara. Por más que suplicó mi abuelo, solo pudo recoger a Emilio y a Mónica. Siempre llevó esa pena clavada en el corazón. Mi madre, María, era hija de un segundo matrimonio. Para criar a sus hijos, mi abuelo Ignacio se casó con una viuda, que a su vez tenía tres hijos, y aunque no era pudiente, al menos tenía una casa grande en Pareja. Allí vivieron todos de trabajar el campo y de criar gallinas, ovejas y algún cerdo.

Mi abuela, la madre de María, era conocida en el pueblo como «la tía Risillas», porque después de cada frase soltaba una risita nerviosa y decía «a joder la marrana». No se pare-

cía en nada al abuelo Ignacio. Nunca fue una gran mujer. Se quedó sorda el día que trataron de violarla. Era menuda y con muy mala leche, pero le dio a mi abuelo dos niñas, María, mi madre, y Esperanza, que era cuatro años menor que mi madre.

Marieja era esbelta, de pequeños ojos grises, penetrantes como los de las aves rapaces. Inteligente como su padre y vivaz como la madre. Pasó los tres años de la guerra en el pueblo, junto con sus padres y hermanas. En cuanto pudo se calzó las albarcas y con la ropa de faena de sus hermanos se puso a labrar el campo. El Gobierno republicano les había regalado los terrenos baldíos. Mujeres, abuelos y niños quitaron las malas hierbas, limpiaron las piedras y trazaron a brazo los surcos para la siembra.

Algunas noches oían los aviones y veían caer las bombas. Zumbaban como abejones. Unos salían corriendo a las eras, otros se escondían en el corral con los animales. Y en cuanto salía el sol, vuelta al tajo. Se acabaron las lecciones de la maestra, doña Clara. Había que sembrar para comer y el cuerpo no daba para más.

La cosecha del 37 fue excelente. Los terrenos baldíos respondieron agradecidos. El granero estaba a tope y los animales felices. Total, para nada. No tardaron en llegar las milicias populares y llevárselo todo. Eso sí, les dejaron unos papeles que, al parecer, decían que algún día se lo pagarían. La siguiente cosecha tampoco fue mala y el abuelo escondió parte del grano. Esta vez llegaron los falangistas; había ganado Franco y les amenazaron de muerte. Volvieron a darlo todo, a quedarse sin nada.

Eran días de hambre y de venganza. Todos lo que habían colaborado con el bando republicano fueron a la cárcel. Al abuelo Ignacio y al tío Emilio les acusaron de quemar los santos de la iglesia. De nada sirvió explicar que los milicianos les habían exigido, pistola en mano, trocear las efigies de madera, que servirían de combustible para cocer las gachas de la tropa.

Mi tío Emilio lo pasó muy mal, según me contó mi madre. Fichado para el resto de su vida por lo de las tallas religiosas, se había afiliado a la UGT, la Unión General de Trabajadores, y se había presentado voluntario en las filas republicanas. No había servido para nada, ya que le rechazaron por incapaz, pero eso no evitó que, al acabar la guerra, le condenaran a muerte. La sentencia nunca llegó a ejecutarse. En la prisión, cada quince días gritaban los nombres de los que serían fusilados al amanecer, pero callaban los apellidos para amedrentarles. Eran noches de miedo, en vela una y la siguiente también. Una vez a la semana le llevaba una muda limpia. La ropa que traía a casa se movía sola por los chinches. Mi madre la cocía y el agua se teñía de rojo.

Todos los días se fusilaba a centenares de personas. Tiempo de odio. Franco, según me diría muchos años después durante una entrevista su cuñado, Ramón Serrano Suñer: «firmaba las penas de muerte por la tarde, después de la comida, mientras tomábamos café». Fueron años malos, malos de verdad, de hambre, de miseria y de miedo.

Los vencedores fueron más benevolentes con las mujeres. La costumbre era raparlas al cero, dejarles un mechón de pelo para colgarles una campanilla y darles un vaso de aceite de ricino para que se lo hicieran todo encima mientras desfilaban con la bandera republicana cantando el *Cara al sol*. Mi madre lloraba cada vez que lo contaba. Ella tuvo mejor suerte, pues el alcalde de Pareja no les cortó el pelo y solo las obligó a desfilar. Se escapó del pueblo con otra para evitar las humillaciones: en Madrid nadie las conocía, no habría insultos. Fue un viaje penoso, en camiones de mercancías, hasta la casa de un pariente que le buscó un trabajo. Se empleó con una familia pudiente que obtenía comida del estraperlo: pan blanco, queso y algún que otro embutido para los señores. Pan negro de centeno, con restos de espigas que hacían llagas en la boca, mondas de patatas y peladuras de fruta para los criados.

La posguerra fue peor que pésima, pese a las cartillas de racionamiento, a la leche en polvo de los americanos y al grano que mandaba el general Perón desde Argentina. Mi madre formaba parte de la muchedumbre agradecida que se agolpó en las calles de Madrid, en junio de 1947, para recibir a Evita Perón, quien dijo a la multitud: «Queridos descamisados de España, tenemos que evitar que haya tantos ricos y tantos pobres, las dos cosas al mismo tiempo. Menos pobres y menos ricos». Aquello no le gustó nada a Franco.

LAS BARRACAS DE VENTAS

La Habana es como Jerez. Llegas y te ponen una copa en la mano, que no dejas hasta el día que te vas. No es que estés borracho, más bien es como subirte a una nube, desde la que todo se ve con mayor lucidez.

Hice un alto en mi discurso, que Mar aprovechó para proponer que nos acercáramos a la Bodeguita del Medio. «Un mojito y picamos algo...» De camino hacia el celeberrimo restaurante, recordé una anécdota de hacía cuarenta años: un grupo que habíamos venido a conocer Cuba fuimos al Floridita y nos dijeron que estaba lleno. Uno de ellos sacó el carnet de CC. OO. y dijo que éramos una delegación del Partido Comunista de España, y que, con nosotros, pocas bromas. El camarero levantó a unos norteamericanos que acababa de sentar y nos dio su mesa. En cambio, ahora solo importan los dólares...

Y de Cuba al Madrid de los años cuarenta. Mis padres, María y Mariano, se reencontraron una tarde de primavera de 1943. Se besaron en las barcas del Retiro, sin un real en el bolsillo.

Mi padre encontró trabajo como peón de albañil en uno de los peores barrios de Madrid: las Ventas del Espíritu Santo. Por delante pasaban los cortejos fúnebres camino del cemen-

terio de La Almudena y las presas hacia la cárcel de mujeres. Cinco años antes de estallar la guerra civil se había construido la plaza de toros de Las Ventas, la más grande e importante del mundo. Rodeada de barrancos y chabolas, resultaba inaccesible. Franco dio prioridad a las obras para que la fiesta nacional tuviese un marco digno, y para ello se empleó la mano de obra que llegaba en aluvión del campo y estaba parada y desesperada. Mi padre formó parte de aquellas brigadas.

Se casaron y fueron a malvivir a una pensión. Un compañero le ofreció a mi padre un terrenito en el barrio de El Querol, a las afueras de Madrid, entre Hortaleza y Fuencarral; podría pagarlo a plazos. Allí encontraron unas cuatrocientas casitas de gente humilde, la mayoría de alquiler, viviendas abarrotadas porque abundaban las familias numerosas, chabolas que no sobrepasaban los quince metros cuadrados en calles sin asfaltar. La infraestructura se limitaba a las aguadas que llevaba el señor Gonzalo tres veces por semana.

En la calle Leandro Hernández mis padres se construyeron, poco a poco, una pequeña vivienda. Los compañeros del tajo ayudaron a poner en pie una casita de tres habitaciones, comedor, un pozo, un gallinero y una parra de uvas negras. No era gran cosa, pero era su hogar. Allí nació María José, en 1945; en el 47, Charo, y yo llegué en el 51, dos años antes de la muerte de mi padre. Mariano no quiso que mi madre siguiese fregando escaleras y la dedicó a criar a los hijos.

Eran tiempos malos, de hombres duros que trabajaban de sol a sol y que los sábados por la tarde, cuando recibían el sobre con la paga, se emborrachaban. En Las Ventas se habían instalado unos barracones donde se freían gallinejas sobre un bidón que hacía de estufa. Los albañiles se atiborraban de tripas y entrañas hasta que llegaban las mujeres para evitar que dilapidasen el sustento de sus hijos. Borrachos de vino de garrafa, se jaleaban entre ellos: «No te dejes dominar»,

«Calzonazos», «Demuestra quién lleva los pantalones»... Luego, a solas en casa, llegaba el arrepentimiento. Juramentos, «mujer, no volverá a ocurrir». Al día siguiente, domingo de dolores. Y el lunes, vuelta a dejar el catre de madrugada. Y otra vez al tajo.

Años más tarde, mi hermana mayor, empapada en lágrimas, me había de confesar: «Una de las veces en que tuve que buscar a papá de taberna en taberna, siendo una niña, juré que jamás buscaría a un hombre en un bar». Nunca se me olvidó.

LLOVIENDO PIEDRAS

Tuve suerte de no tener que contemplar los efectos del alcohol sobre la vida familiar, ni los maltratos a mi madre. El recuerdo de mi padre es una sombra. Me parece estar escuchando a mi madre con pesar: «Tal vez si no hubiésemos pasado por tantas penurias...», «Tu padre era bueno, pero los amigos y esa debilidad de carácter le perdían», «Si hubiese vivido más, lo suficiente para tener nuestro piso, con la estufa y la televisión, pienso que todo habría sido diferente».

Tras el fallecimiento de mi padre, María tuvo que ponerse a fregar escaleras de nuevo, porque con la pensión de viudedad no daba para todo. Metió a mis hermanas en un colegio de monjas, los Santos Custodios. Yo me quedé con ella, en el barrio.

Dividió la casa para alquilarla y completar los ingresos. Llegaron dos hermanas de una cierta edad, que trabajaban en la fábrica de Benito Delgado, la Jeni y la Paqui. Esta última se enamoró de un preso político de la cárcel de Carabanchel. Le mandaba apasionadas cartas de amor, hasta que un día se pelearon y rompieron, todo por escrito. La Jeni aprovechó la circunstancia para establecer una relación epistolar con él. La Paqui le retiró la palabra a su hermana Jeni porque, según decía, le

había puesto los cuernos con su novio. Cuando el preso quedó libre no quiso volver a saber nada de ninguna, y las dos hermanas se reconciliaron, aunque discutían mucho. Ponían la radio a todo meter y el barrio entero quedaba al tanto de las noticias.

Eran los años de la Guerra Fría. En Estados Unidos habían ajusticiado a los Rosenberg por espías y se había iniciado la caza de brujas contra los sospechosos de comunistas. En España cazábamos también, pero maquis. Cada dos por tres se hacían pruebas nucleares en el mundo. Volvieron de Rusia los repatriados de la División Azul, a bordo del buque *Semiramis*. Eran días de una euforia patriótica que animó el Real Madrid con su primera Copa de Europa y con sus héroes: Di Stéfano, Puskás y Gento.

Yo era feliz. No nos faltaba de nada..., bueno, de casi nada. El colegio era la casa de la señorita Aurora. No había pupitres, cada uno llevábamos nuestra silla, y los que no tenían se sentaban en las escaleras y utilizaban sus rodillas para apoyarse. Doña Aurora me dejaba llevar una tarterita con la comida que me preparaba mi madre, que no tenía con quien dejarme mientras estaba trabajando. Comía solo, cerca de la estufa, y el cocinado me sabía a gloria.

Corría el invierno del 57. Tenía seis años, llevaba unos pantalones de pana cortos sujetos con una cuerda, zapatillas blancas y un jersey de punto tejido a mano por mi madre. Hablaba con lengua de trapo, enseñando dos dientes centrales en forma de paleta y una amplia sonrisa. Un chaval regordete: Marianete, Nete, me llamaban.

Tenía muchísima suerte porque siempre podía merendar algo: pan pringado con aceite, sal y pimentón, que sabía a chorizo y estaba buenísimo; o pan con chocolate Vitacal. «Chaval, toma Vitacal, que tu culo huele mal», decíamos. Los domingos, cuando a mi madre le sobraban algunas perras, me mandaba a la tienda de ultramarinos de don Florencio para

que me diese unas rodajas de mortadela. Otros niños, como los de la vecina más pobre del barrio, que vivía al final de la cuesta, donde la zanja desbordaba de aguas fecales, solo mendraban cuando me quitaban a mí el pan o me convencían para que lo compartiera con ellos. Pasaban hambre, pero hambre de verdad.

Apenas había tiendas. Y solo existía una taberna, ubicada en lo alto de una empinada cuesta, donde íbamos los domingos a tomar vermú con patatas fritas si nos visitaba alguien de la familia. Siempre me dejaban tomar un vaso, pero con sifón. El tacto de aquel vaso gordo de cristal, su peso, su solidez, forman parte de mi particular catálogo de experiencias tipo «magdalena de Proust», junto con la vivencia interior de los días de fiesta y misa, el sabor de la quina Santa Catalina, «mitad golosina y mitad medicina», el de los bocadillos de calamares y el de las patatas bravas.

No había ni iglesias ni hospitales. Para la atención sanitaria íbamos a la consulta del doctor Catalina, una buena persona que nos daba asistencia sanitaria a los vecinos de El Querol y de Valdevivar. La gente se lo agradeció dándole su nombre a una calle, iniciativa que el Ayuntamiento validó a pesar de que el médico había sido jefe de Hospitales del Gobierno de la República durante la guerra civil. Eso le llevó a la cárcel, pero era tan buen cirujano que le pidieron que atendiera a doña Carmen Polo, la mujer de Franco, y quedó libre sin cargos.

Lo peor era la lluvia. El Querol formaba parte de Las Manoterías, uno de los pequeños valles que se escondían entre las suaves lomas al sur de Fuencarral y al norte de Hortaleza. La calle donde vivíamos, Leandro Hernández, quedaba al final de una cuesta por donde discurría una zanja que alguna vez debió de ser un arroyo. A veces, el escueto cauce se convertía en un auténtico río furioso que inundaba nuestra chabola y amenazaba con engullirnos. En una ocasión, subidos sobre la mesa,

aterrados por truenos y relámpagos, mi madre y yo, abrazados, esperábamos lo peor mientras rezábamos, rezábamos y rezábamos: «Santo Dios, santo Cristo, santo Inmortal, aparta de mí tu ira / y tráenos tu bondad, santo Dios, santo Cristo, santo Inmortal...».

Don Florencio, el dueño de un establecimiento de ultramarinos cercano, debió de escuchar nuestras plegarias o, más probablemente, vino a ayudarnos porque era una buena persona. Enfrentado a una tromba de agua, se llegó hasta la chabola, me cogió en brazos y me cubrió con un saco de patatas. A duras penas nos llevó a su tienda, empapados y asustados, nos dio ropa seca y un café caliente. Media hora después salió el sol y llegaron los bomberos. Por la tarde los caminos se habían secado y, al día siguiente, aventaban de nuevo el sempiterno polvo del verano.

Valdevivar, el barrio de al lado, se convertía con la lluvia en un barrizal o, para ser más exactos, en una gorrinera tal que siempre he preferido no recordarla. La mayor parte de sus vecinos vivía de «la busca»: retiraban la basura del centro de Madrid y la depositaban allí para expurgarla, haciendo de su barriada un vertedero donde vivían hacinadas personas, animales y ratas. Eso sí, aprovechaban casi todo: los restos de comida alimentaban a cerdos y gallinas, la chatarra se reciclaba, las bicicletas rotas se arreglaban, el cartón se vendía... A los de El Querol, los de Valdevivar nos parecían gitanos, con perdón de los romaníes, aunque tenían más dinero que nosotros, porque nuestros padres eran solo albañiles o criadas.

Cada barrio tenía su propia banda y cuando otra banda rival entraba en su territorio se armaba gorda. Cruzar aquella frontera invisible estaba prohibido. Un día se entabló una disputa por una chica de Valdevivar que se había enamorado de uno de El Querol. Una excusa como otra cualquiera. A algún iluminado de nuestro barrio se le ocurrió reunir a la chiquille-

ría, armados de hondas y tiradores, para darles un escarmiento. Se organizó una pedrea en toda regla. No era la primera, aunque hacía mucho tiempo que no se liaba una igual, porque ellos tenían fama de salvajes y siempre acababa alguno con la cabeza rota. En una ocasión anterior había tenido que venir la Guardia Civil a restablecer el orden y al final habíamos terminado los dos barrios a pedradas contra la Benemérita.

Por entonces yo tenía poco más de siete años y, aunque mis piedras no volaban más de unos metros, me sumé a la enardecida turba infantil. ¡La que se armó! Al principio los habitantes de Valdevivar se vieron sorprendidos y se refugiaron en sus casas, pero cuando se repusieron y organizaron a su hueste vinieron a nuestro terreno y arrasaron lo que pillaron como vándalos. Menos mal que la señora Amparo, la Pilota, cuando me vio bajo aquella lluvia de piedras, me rescató, me hizo entrar en su casa y cerró la puerta con llave. Yo me metí debajo de la cama y me puse a rezar. Nunca más he vuelto a participar en una pelea, ¡Dios me libre! La llamábamos Pilota porque presumía de que su marido había sido piloto durante la guerra. En realidad, el marido había sido un mecánico de aviación que trabajaba en los talleres de Cuatro Vientos. También era viuda, como mi madre.

La señora Amparo y la señora María nos ayudaban cuando a mi madre «le daban los nervios». «Por favor, mamá..., ¡los nervios no!» Pero ella, llorando y rezando, echaba espumarajos por la boca y se convulsionaba mientras daba gritos, pese a la vergüenza que le daba que la pudiesen tomar por loca. En esos trances, la señora María, vestida con su hábito morado del Cristo de Medinaceli, bajaba rauda, casi corriendo. Sin perder ni un minuto, le ataba pies y manos y le ponía una correa en la boca para que la mordiese y no se tragara la lengua. Yo sufría, ¡Dios, cómo sufría! Luego, mi madre se calmaba y se quedaba desfondada, sin fuerzas. Yo la miraba y se me partía

el alma. Aquellos ataques empezaron después de la muerte de mi padre, por efecto de su extrema delgadez, del sufrimiento y del desamparo. La señora María preparaba la cena antes de irse y la forzaba a comer. Después se iba, dejándonos encendida la chimenea de carbón, que daba una luz mortecina y un calor dulce y pegajoso. Mi madre y yo nos metíamos en la cama abrazados, como dos pollitos. Luego escuchábamos un sainete por la radio: «Matilde, Perico y Periquín», y volvíamos a ser felices.

Los domingos íbamos a ver a mis hermanas al internado del Colegio de los Ángeles Custodios. El nombre me resultaba algo chocante, porque quienes las guardaban no eran precisamente ángeles sino monjas, que nunca fueron santo de mi devoción. Cuando María José y Charo estudiaban en el Sagrado Corazón, una de aquellas monjas de negro me encerró en una habitación oscura para que me callase y dejase de dar la lata; desde entonces me han parecido siempre una especie chocante.

La visita de los familiares durante los domingos por la tarde era una fiesta. A veces convertían el salón de actos en un cine. Tenían un proyector que metía mucho ruido y unas bobinas enormes con rollos de celuloide que casi siempre se quemaban y obligaban a interrumpir la proyección. Otras veces organizaban representaciones de obras de teatro o danzas folclóricas. María José era una gran actriz y siempre la elegían como protagonista para algún drama, mientras que Charo era una cabra loca a la que se le daba muy bien bailar.

Gracias a la madre María Luisa, una buena monja y una buena persona, pudimos pasar una Nochebuena todos juntos. Seguramente se apiadó de nosotros. Nos invitó a cenar en el comedor privado de las monjas. De primero sirvieron lombarda y de segundo pollo asado. Un banquete, con turrone y todo. Pese a que yo solo tenía seis años, mi madre y yo tuvimos que regresar a casa andando porque la orden religiosa prohi-

bía que los hombres durmieran en el convento. Hacía un frío terrible. El cielo estaba raso y helaba. La luna llena se reflejaba en las estrías de hielo que tapizaban el suelo. Tardamos dos horas en llegar. La estufa de carbón seguía encendida. Mi madre había pintado las paredes y el techo de azul clarito, moteado con pizcas de pintura plateada que semejaban estrellas. Nos metimos en la cama, acurrucados uno junto al otro. Me pareció estar en el paraíso. La caminata había merecido la pena.

A propósito de monjas, un día, al salir de misa, Charo le preguntó a mi madre si los rojos tenían cuernos y rabo. Cuando las monjas castigaban a las alumnas las llamaban «hijas de rojos», lo que las niñas interpretaban que era tanto como ser llamadas «hijas del diablo». «Cuernos, lo que se dice cuernos, los tienen algunos; pero rabo lo tienen todos», le respondió mi madre. María José la fulminó con la mirada y dijo que debía confesarse. Entonces mi madre les explicó que no tenían que hacer caso de las tonterías que se decían y que se guiaran por lo que les dictase su corazón.

LA REBELIÓN DE LAS CHABOLAS

Allí en el Floridita sentí los ojos de Mar húmedos. Habíamos ido a tomarnos el penúltimo daiquiri mientras le contaba mi vida. Me besó con ternura. Lo nuestro había sido un amor imposible que hicimos posible. Tuve suerte, mucha suerte al encontrarla.

Salimos al calor del atardecer, callejamos por La Habana Vieja, tan romántica como decadente. En cada esquina una pareja amándose. Una ventana abierta dejaba oír el canto de una mulata exuberante... Una ciudad húmeda, en celo. Un decorado de los cincuenta, trufado de Chevys de colores, Buicks reparados con alambres, Pontiacs «chatarrosos», casas *art déco* medio derruidas, vestigios de los años de vacas gordas, cuando

La Habana y Buenos Aires eran las dos ciudades más pujantes de Hispanoamérica. Cincuenta años de fidelidad revolucionaria habían convertido a aquella perla del Caribe en un pastiche del absurdo, que era mejor contemplar filtrado por la bruma que crean los vapores etílicos del ron, la «vitamina R» que mantiene vivos a los cubanos.

Nos sentamos en el banco de un parque. El firmamento se encapotó y amenazaba lluvia. El cielo gris plomo trajo a mi memoria aquella triste tarde de mi infancia en la que policías armados y presos políticos con picos y palas habían llegado a El Querol para derruir las chabolas, ilegales para el Régimen por haber sido levantadas sin permisos y al amparo de la noche.

La crisis económica de la posguerra había sido terrible. Los falangistas habían impuesto la autarquía siguiendo la estela de Mussolini en la Italia fascista. La hambruna que generó tal bravata soberanista hizo estragos entre los más pobres. En los pueblos de la España seca no había qué echarse a la boca, y miles de paisanos se marcharon a Madrid y a Barcelona en busca de una oportunidad. Pobres de solemnidad, la mayoría llegaba de Andalucía y de Extremadura. Casi todos eran analfabetos, todos querían trabajar en la construcción.

El derribo de las barracas de El Querol fue uno más de los muchos operativos destinados a cortar de raíz la emigración masiva del campo a la ciudad. En esa misión el Régimen se mostró eficaz e imperturbable. En mi barrio las chabolas fueron cayendo una a una, derribadas por presos políticos. Una imagen terrible. Los ojos aún se me llenan de lágrimas al recordar aquella tarde. Los presos se revolvían y los guardias civiles les azuzaban apuntándoles con fusiles amartillados. El barrio entero se agolpó, con piedras y palos, rodeando al somatén armado y a la brigada de demolición para defender sus moradas. Gritamos, insultamos, rabiamos... No sirvió de nada. Los unos tenían órdenes tajantes; los otros temían la muerte. En

contra de sus convicciones, los presidiarios derribaron todas las casas que sus compañeros de miseria habían construido. Cuando terminaron la faena volvieron a subirse a los camiones para regresar a su triste celda.

La tarde se quedó en silencio, con una sensación electrizante en el ambiente. El cielo amenazaba lluvia. Alguien, una mujer de las chabolas derruidas, insultó a mi madre por tener una casa en propiedad que había quedado en pie. ¿Por qué? Porque era viuda y las viudas ya se sabe... Mi madre la cogió de los pelos y se peleó con ella en medio de gritos y alaridos. El populacho las jaleaba como si fueran gallos. Horrorizado, me escondí debajo de la cama y lloré rezando «Santo Dios, santo Cristo, santo Inmortal». Esa noche tuve que ir a buscar a la señora María para calmar el ataque de nervios de mi madre.

Pasó el tiempo y las cosas se fueron asentando. Los inmigrantes no volvieron a construir más chabolas sin la autorización municipal. La Guardia Civil no volvió a aparecer por el barrio hasta la noche en que Antonio Molina vino a una sala de fiestas a cantar. Todo iba bien hasta que entonó «Soy minero». En ese momento empezó el lío... Los primeros gritos fueron contra Franco y la Falange. Molina seguía muy emocionado: «Soy minero, y con caña, vino y ron me quito las penas / soy barrenero porque a mí nadie me espanta». Ahí llegó el desastre... Al instante, los «guripas» aparecieron por arte de magia y el cielo volvió a preñarse de piedras y de gritos de espanto mezclados con estampidos de tiros al aire. El cantante desapareció en un furgón. El jaleo siguió hasta muy entrada la madrugada; después, cada uno volvió a su casa y todo se calmó. Aquel año hubo huelgas de los mineros asturianos. El Régimen culpó a los comunistas de haber creado unas células revolucionarias en cada mina, especialmente en el pozo María Luisa. Eran los primeros balbuceos de las llamadas Comisiones Obreras, alumbradas poco antes en la mina asturiana de La Camocha.

Tres años después, con motivo del vigesimoquinto aniversario del «Glorioso Alzamiento Nacional», el ministro de la Vivienda José María Martínez Sánchez-Arjona anunció la construcción de treinta mil viviendas en Madrid y doce mil en Barcelona para «resolver definitivamente el problema del chabolismo». Así nació la UVA (Unidad Vecinal de Absorción) del pueblo de Hortaleza. Los vecinos de los barrios del norte de Madrid fueron expropiados y se los realojó en unas casas prefabricadas con la promesa de que la solución sería temporal, hasta que les entregaran pisos nuevos. Medio siglo después, aún seguían esperando. Allí, en ese barrio de chabolistas oficialmente reconocidos, conocí a mis mejores amigos.

EL HOMBRE QUE VENDÍA GOLOSINAS

Atardecía en La Habana. Habíamos quedado a cenar en la casa de Aurelio Pedroso, revolucionario desencantado del régimen cubano. Había apoyado a Fidel Castro y a Ernesto *Che* Guevara cuando en 1959 se hicieron con el poder en Cuba. Peleó en Angola, estudió ruso en Moscú, donde fue adiestrado en la escuela militar de montaña y operaciones especiales, y aprendió a esquiar. Cada cosa más inútil que la anterior para él, ya que los rusos abandonaron la isla tras el colapso socialista en 1990.

Tal vez por esa futilidad de su bagaje se hizo periodista, una profesión bastante inútil en un régimen comunista. Lo mejor que le había pasado en la vida eran su mulata, los amigos y sus sueños. Le habría gustado ser rico, aunque solo hubiese sido por un ratito.

Si la casa de Aurelio era modesta y sofocante, la de sus padres grande, aunque destartalada. Ubicada a orillas del mar, por dentro parecía una biblioteca pública del siglo pasado. Perteneecía a una familia de intelectuales que habían apoyado la Revolu-

ción contra Fulgencio Batista desde el primer minuto y nunca perdieron la fe en el socialismo y en conseguir, por medio de este, un mundo mejor. Pero después, ¡ay!, las cosas no salieron como se había pensado. Casi todo lo que quedaba de aquella Revolución, iniciada en 1953, eran calles repletas de carteles y pintadas callejeras con imágenes del *Che* Guevara o de Camilo Cienfuegos y frases declamatorias: «La Revolución es invencible», «Viva Cuba libre», «Fieles a nuestra historia», «Bloqueo: el genocidio más largo de la historia».

La cena era de gala. Aurelio había conseguido medio kilo de gambas recién pescadas, compradas en el mercado negro y transportadas desde la costa en ambulancia. La velada, un compendio de calor sofocante pese al ventilador y a las ventanas abiertas, vecinos vigilantes, litros de cerveza, música de Pablo Milanés, gambas, pollo frito y, de postre, varias cubanitas de ron añejo con Coca-Cola, todo ello envuelto en una atmósfera de cigarro puro y adornado por una conversación inteligente.

Mar me animó a que siguiera con el relato de mi familia. Aurelio, como buen periodista, era un coleccionista de historias.

Retomé la narración en las fechas en que mi abuelo Ignacio y mi tío Emilio acababan de salir de la cárcel, donde los encerraron por quemar los santos de la iglesia y por rojos. Se habían hecho mayores y ya no se valían por sí mismos. Tenían que arrastrarse por la montaña para buscar leña y la labranza de la tierra cada vez se les hacía más penosa. En Madrid, la Paqui y la Jeni habían ahorrado lo suficiente como para comprarse un pequeño apartamento. Un buen día, nos dieron un beso y se fueron. Tras su partida, mi madre renunció a meter nuevos inquilinos y se trajo a su padre y a su hermano del pueblo. No podían seguir por más tiempo allí solos, abandonados como perros.

Mi abuela había abandonado a mi abuelo años atrás por culpa de unos terrenos en el pantano de Buendía. Pensaba que le

pagarían un buen dinero por ellos y se fue a vivir con Reme, su hija mayor. Después resultó que no fue para tanto, ya que las indemnizaciones que se dan por expropiación forzosa nunca han sido gran cosa. Cuanto más pobres, más miserables. Aquello mató virtualmente al abuelo, que siguió vivo pero sin vivir en sí.

Como ni Ignacio ni Emilio tenían pensión ni bienes de ningún tipo, a mi madre se le ocurrió apañarles un negocio: un puesto de golosinas. Les compró una cesta de mimbre y se la llenó de caramelos, regaliz, chicles, pipas, chochos, cromos y algunas cajetillas de tabaco: Ideales, Celtas y Bisontes. De tal guisa pasaron a formar parte de ese gremio formado por aquellos entrañables personajes humildes y olvidados: los piperos.

Todos los viernes al terminar de fregar, mi madre iba al barrio de Tetuán, a Caramelos Paco, para comprar nueva mercancía. Las primeras compras se las fiaron. Cada semana pagaba un poco, hasta que la deuda quedó amortizada. El negocio familiar coincidió con el Plan de Estabilización de 1959, que propició el gasto de la gente. Los comienzos fueron difíciles, pero después los dos piperos fueron prosperando. Al principio, vendían el tabaco por cigarrillos, pero acabaron vendiendo cajetillas enteras, primero de tabaco negro, que eran las más baratas, después de rubio nacional y, con el tiempo, hasta alguna que otra cajetilla de rubio americano de contrabando: Lucky Strike, Chesterfield, Camel y, sobre todo, Winston, el más apreciado, quizá por su atractiva cajetilla.

En esa época no todo el mundo tenía dinero para fumar. Los abuelos recogían las colillas, coloquialmente llamadas «tobas», cortaban la parte quemada y con el resto hacían un picadillo que envolvían en papel de liar y se fumaban. Estaba bueno, pero era un poco fuerte. En la escala opuesta de edad, la mayor parte de los chicos como yo fumaba, a escondidas, tabaco; abiertamente, cigarrillos hechos con las semillas de anís, que ardían muy bien y sabían mejor.

Como el negocio prosperaba y las bolsas de caramelos cada vez pesaban más, acompañaba a mi madre para ayudarla con el cargamento. No es que pudiese colaborar mucho con mis ocho años, pero me esforzaba con toda mi alma para hacerle el porte menos pesado. Como recompensa, ella me invitaba a un bocadillo de calamares y a una caña de cerveza. El premio, aquel sabor, aquel olor, aquella textura de las anillas rebozadas recién fritas, se quedó estampado para siempre en mi memoria.

Mi tío y mi abuelo se repartieron el mercado. A Ignacio no le respondían ya las piernas y se sentaba en la puerta de casa, al sol o la sombra según la hora del día. Pronto se hizo con el cariño de los niños del barrio. Emilio se agenció un carrito de bebé del año de la polca y se fue a vender sus chucherías a Valdivivar. También se granjeó el cariño de los traperos, aunque alguna que otra vez los más desalmados le pegaban para robarle los cuatro duros que había ganado en todo un día de trabajo.

A mí me sonreía la suerte de nuevo: tenía todas las chucherías que quería, siempre que mi abuelo no me viera robárselas. Eso me convertía en alguien popular entre los chicos. Además, gracias a la mejora de la economía familiar, mi madre pudo dejar de servir y se dedicó a cuidarnos.

A medida que el país iba prosperando, la paga de los chiquillos mejoraba y el negocio de las pipas crecía. De resultas, yo podía merendar todas las tardes y podíamos comer carne de vez en cuando, alegrando la dieta de hortalizas y sempiternas legumbres: «¡Otra vez judías!, siempre judías». El repertorio se hizo cada vez más variado al acoger patatas guisadas con bacalao, huevos con patatas fritas, cocido, repollo con panceta, sardinas, arenques... El pollo era un lujo reservado para la Navidad.

La leche no nos faltaba, nos la vendía el «tío guarro», que vivía en su casa-cuadra con un par de vacas. Dormía con ellas y las ordeñaba muy de mañana. Tras «bautizar» abundante-

mente la leche la distribuía por el barrio al grito de: «¡El lechero! ¡Leche fresca!», acompañado por el «tolón-tolón» de un cencerro. Olía fatal y a mí me daba un asco que me moría. «Marianete, que no es del tío guarro, de verdad, que la he comprado en una tienda de Madrid.» «¡No! ¡Es del “tío guarro”!», respondía yo con mi media lengua de trapo. Olía la cántara y me ponía a llorar. «Es del “tío guarro” y huele a caca de vaca.» Aquella tortura terminó el día en que al «tío guarro» se le quemó la cuadra mientras dormía y ardieron él y las vacas. Por el barrio corrió la voz de que lo había matado su sobrino para robarle el dinero atesorado durante años de estafa a los vecinos. Pocos creyeron que esa fuera la verdad, pero lo cierto es que nunca se aclaró su muerte ni se encontró la caja de caudales donde escondía los dineros. Eso sí, durante una larga temporada nos quedamos sin leche.

En verano hacía mucho calor. Me desnudaba, me refrescaba con el agua del pozo y me subía por la parra al tejado a comer con un cuartillo de vino tinto con gaseosa. ¡Eso era vida! Hasta que una colmena de abejas me desalojó de su territorio de manera contundente y definitiva, y nunca más volví a subirme a la parra.

Nos divertíamos como podíamos. A todos los chicos nos gustaba la pídola, un juego en el que los de un bando saltaban con las piernas abiertas sobre los del bando contrario. Sorteábamos quién era el burro, que solía ser yo, el más panoli. Me doblaba por la cintura y los demás se colocaban en fila. El primero del equipo contrario corría hasta una raya pintada en el suelo a una distancia pactada y brincaba por encima de mí, apoyándose con las dos manos en mi lomo, como al saltar el potro, y así todos los demás. Tras cada ronda de saltos, yo me separaba un poco más de la raya hasta que alguien contrario la pisaba y perdía.

Mi mejor amigo era Seve, a quien nosotros llamábamos Sevito, con el que participaba en toda suerte de juegos que no

costasen dinero: las chapas; el gua, en el que competíamos con bolas de cristal de colores; policías y ladrones... Nuestro preferido era el de tirarnos sin frenos por los terraplenes montados en carros de cojinetes: tablas que robábamos en las obras, a las que fijábamos rodamientos usados que nos daban en los talleres. Cuando nos aburríamos nos íbamos a los desagües de las alcantarillas para coger renacuajos, o a las vías para ver cómo los trenes machacaban las chapas que poníamos sobre los raíles.

Un día me empapé mis impecables zapatillas de lona blanca. Ante el temor a una bronca, no se me ocurrió otra cosa que ponerme a correr por el terraplén frente a mi casa para que se secasen. La ocurrencia acabó con un resbalón en el barro, el codo partido por tres partes, alaridos de dolor, hospital, más dolor al colocar el hueso, escayola, tres meses con el brazo inmovilizado... Luego rehabilitación: «No puedo estirar el brazo», «Pues te vas a quedar manco si no haces los ejercicios», «¿Durante cuánto tiempo?», «Meses, todo el tiempo que sea necesario».

La rehabilitación era... inefable. Me ponían pesas en las manos hasta que los tendones del brazo iban cediendo. El dolor era inmenso, igual que mis gritos. Todas las palabrotas, todos los «mecagüendios» y los «hijoputa» que se pueden decir los soltaba a voz en grito al pobre fraile que se ocupaba de mí y que me soportaba estoicamente. Así, día tras día, durante seis meses, yendo a rastras al hospital quirúrgico de San Rafael de la calle Serrano. La Orden Hospitalaria de San Juan de Dios no nos cobró nada y gracias a ellos no quedé impedido del brazo izquierdo, aunque me dolería para siempre con los cambios de tiempo. Si las monjas me habían parecido una especie peculiar, aquel fraile fue para mí la encarnación de un ángel de la guarda.